pero como sabe Vmd. que la Santa Hermandad no duerme, llegó á saberlo, y sobre la marcha envió gente para prenderlo. Esta gente, pues, muy ufana, y confiada en su número, en sus armas y oficio, como si fuesen á prender una zorra, trepa por aquellas breñas arriba, guiada de algunos serranos prácticos de las sendas. Estos les avisaron que no pasasen de aquella piedra donde ellos se ponian de rodillas para consultarlo; pero ellos riendose del aviso, iban con resolucion de acometer al mago en su misma cueva. Luego que la avistaron, estando poco distantes de la piedra que los serranos les decian, he aquí que el mago se asoma á la boca, con una barba que le pasaba la cintura, vestido todo de negro, y cubierta la cabeza con un manto como el que llevan las mugeres, y empuñando la vara maravillosa, que le aseguro á Vmd. que hacia una figura de reverendo diablo.

A tal vista paranse de repente aquellos animosos cofrades, temblando entonces como azogados, sin atreverse á pasar adelante, y sin poder volver atrás como lo querian, hasta que saliendo de repente de la cueva una caterva de osos y de lobos, como toros agarrochados, los embisten, despedazando á los



que pudieron alcanzar, y haciendo despeñar á otros por aquellos cerros abaxo para escarmiento de los que intentasen volver á perturbarlo. Pero como los valientes se esfuerzan tanto mas, quanto es mayor el peligro, y mayor la vergüenza que se les sigue por dexarlo de acometer, ofrecense muchos sabedores del caso á prender nuestro Trigueros, á pesar de todos los diablos que se pusiesen á defenderlo.

Armanse todos de cabeza á pies: llevados de su ruidoso empeño, se encaminan hácia la sierra, llevando tambien su insignia delante, que era. . . lo tengo en la punta de la lengua, pero no acaba de salirme. . . = No importa, abrevia, porque tengo ganas de verlo preso. = Llegan, pues, á vista de la cueva como los primeros; y antes de pasar adelante, forman una especie de consejo de guerra, para tratar del modo como lo podrian prender, teniendo entre tanto todos el ojo alerta á la cueva por si acaso se asomaba el mago. Pero él estaba tan lejos de temerlos, que verá Vmd. lo que sucedió.

Luego que convinieron en el modo, que sería largo de contar con los dimes y diretes que tuvieron entre sí, se esfuerza cada uno de ellos para acometer aquella terrible empre-

sa; pero al tiempo de mover el pie para embestir, oyen de repente á sus espaldas el eco horrible de un cuerno, que resonando por las concavidades y valles de aquellos montes, los hacia temblar, infundiendo tal espanto y terror á los armados, que hubieran caido muertos, si al mismo tiempo no los tuviera atado con fuerza oculta y tan prodigiosa, que no los dexaba mover de la postura en que el sonido los cogió, con el paso adelante como quando los soldados hacen la descarga, quedandoles solo libres las cabezas, las quales podian mover, y volver quanto se lo permitia la postura en que quedaron, dandoles angustias mortales el formidable son del cuerno, que á cada instante cobraba mayor cuerpo, quanto mas se iba acercando el viejo de la montaña, que él era el que le sonaba, seguido de sus osos y lobos que baxaban por la cuesta de un monte muy iniesto, acompañando con sus roncos berridos, y ahullidos el destemplado son del cuerno retorcido.

Quando lo reconocieron de cerca, cuajaseles á todos la sangre en las venas, conservando sus ojos y bocas abiertas la consternacion espantosa que les causaba el no poder huir de aquel terrible peligro por mas



que se esforzasen; mucho mas al oir las graves pisadas de los osos y de los lobos que Trigueros envió delante de sí, habiendoles tocado antes con la vara para que no despedazasen á ninguno, con la intencion que llevaba de darles doctrina en una juiciosa arenga que les queria hacer; de modo, que aquellos fieros animales iban y venian con terrible pausa por medio de aquel esquadron de la Santa Hermandad, sin hacer mas que olerles en cierto parage para ver si habia obrado el miedo; y en algunos obró tanto, que hicieron retirar á los lobos, que dicen que son de olfato algo delicado.

En esto llega Trigueros, el qual poniendoseles delante, despues de haberlos mirado con terrible y silencioso ceño, les dice asi: temerarios mortales, ¿ qué os movió tan desacertadamente á venir á perturbar la tranquilidad de quien gozaba en estos montes lejos de vuestros engaños, fraudes, y maldades, una vida acreedora á la inmortalidad? por ventura, ¿ creeis que fenecieron los oráculos que tan venerados eran de los antiguos, y que para consultarlos iban en romeria á la Trevede Pifia, y á la de Jove Ramon? = Eusebio, á pesar de su tristeza, al oir estos desatinos, proferidos con una serenidad sin

igual, no pudo contener su risa, y rompió la narracion de Altano, el qual muy maravillado, le dice: ¿cómo, se rie Vmd.? qué hay ahí que reir? = ¿De adonde habeis sacado esa Trevede Pifia, y esa otra de Jove Ramon? = ¿Pues qué, no lo cree Vmd.? = Crealo yo, ó no lo crea, ese es otro cuento. De lo que rio es, que llameis Trevede Pifia á la Pitia, y de Jove Ramon á la de Jupiter Amon. = ¿Pues qué, no hay mas que acordarse de esos nombres tan raros? = Pero si no os acostumbrais á proferirlos, los erraréis de nuevo, si se os ofrece contar otra vez ese cuento. =

¿Cómo cuento? no es cuento esto, Señor, que por cosa muy averiguada me lo contó la gitanilla. ¿Pues qué, no cree Vmd. que hay hombres que tienen pacto con el demonio? = Primero quiero saber qué viene á ser ese pacto, si se hace con juramento de palabra, ó por escrito. = Eso sí que yo no sé decirle. = Eso, pues, se llama creer de porrillo: pero prosigue tu narracion, sino, no acabarémos en todo el dia. = Enhorabuena, Señor, proseguiré. El mago Trigueros....

Al ir á proseguir Altano, entra Hardyl en compañia del Lord Som... y con rostro



teñido de la ternura de su afecto, entrega á Eusebio copia del testamento que acababa de otorgar, diciendole: aqui teneis, Eusebio, el testamento que acabo de hacer en favor vuestro. Otros bienes no poseo que la casa y huerto que tengo en Filadelfia, pero sabed que son ya vuestros. No habia ninguna necesidad de que yo hiciese por ahora el testamento; pero no pude resistir al compasivo impulso que me causó la noticia del pleyto que os puso vuestro tio: y lo hice porque siempre es bueno prevenir los accidentes de esta vida; y el testamento es una de las cosas que jamas se ha de diferir. Ahí lo teneis, y os lo entrego sellado, para que solo lo abrais despues de mi muerte.

Eusebio sorprendido de tan extraña resolucion, no sabía á qual de los afectos excitados de tan singular demostracion entregaria primero su pecho. La modesta y agradecida confusion con que miraba aquel papel, como don sagrado, y digno de su veneracion por las respetables manos de quien le venia, preponderó en su agradecimiento, y le hizo decir: lo acepto, Hardyl, con todo el tierno reconocimiento de que es capáz el amor y el respeto que os profeso: y os aseguro, que la mayor herencia de la tierra que pu-

diese venirme de otra voluntad que la vuestra, no me mereceria tan grande, ni tan pura gratitud. Proseguia á decirle otras expresiones á este tenor; pero el Lord Som... que no podia estar tanto tiempo sin hablar, hablando otros en su presencia, movida tambien su compasiva generosidad de la afliccion de Eusebio, quiso darle prueba de su garbosa amistad, ofreciendole una de las tierras que poseia en Inglaterra y que mas le agradase, donde pudiese vivir como dueño de ella, en caso que llegase á perder el pleyto con su tio.

Sospechaba el Lord Som... que el llanto que vió derramar á Eusebio procedia antes del temor y afliccion por la pérdida del pleyto, que del amor que protextaba á Leocadia, pues no podia comprehender tan puro y ardiente afecto en el amor de Eusebio: por lo mismo atribuía su tristeza á una causa que pensaba remediar con su oferta generosa, dando ocasion á Eusebio para agradecersela; y empeñados en estos afectuosos cumplimientos, los llamaron á comer, quedando Gil Altano muy desabrido por no haber podido acabar su cuento.

Con todo, habia dexado con él bastante serenado á Eusebio, y la extraña demostra-



cion de Hardyl borró enteramente todas las tristes especies que le habia excitado la carta de Henrique Myden. Al salir del aposento para ir á la mesa, recibe aviso el Lord Som... que acababa de llegar al meson el Duque de D... y como eran amigos grandes, fué inmediatamente á darle la bien venida; pero como el Duque saliese de su quarto para ir á la mesa, y se encontrase con el Lord, dieronse mutuos abrazos con gran alborozo y jovialidad. Sentados á la mesa, comienza á preguntar el Lord Som... al Duque nuevas de Londres, de donde venia: y despues de haberle satisfecho sobre ellas, le dixo: que le daria otras de París que tal vez él no sabía, aunque hacia tiempo que estuviese en aquella ciudad. Curioso el Lord Som... de saberlas, le pregunta quales eran. El Duque le dice entonces, que el Rey de Francia se casaba con madama Meintenon, y que á mas de esto, se trataba en la Corte de tomar una ruidosa satisfaccion de la de Roma por una injuria hecha á su Embaxador.

Esto dió motivo para hablar de Roma, é insensiblemente vino á caer el discurso sobre la Religion. El Duque era partidario de los delirios de Hobes, y de Espinosa, haciendo por consiguiente ostentacion de incrédu-

lo, y de despreciador de todo culto. El Lord Som. . . en medio de su libertinage, aunque miraba tal materia como indiferente á sus costumbres, instigado con todo del Duque de D. . . seguia el discurso sin dificultad ni reparo. Sabiale mal á Hardyl que se hubiese empeñado la conversacion sobre tal materia en pública mesa; y por mas que procuró romperla con preguntas extravagantes, viendo que nada aprovechaba para hacerles desistir, inclinandose algo hácia el Lord Som. . . que le estaba al lado, le dice en voz baxa: Milord, estamos á mesa redonda, y alguno de los presentes se escandalizará tal vez de ese discurso. El sabio, decia Caton, vé, piensa, y calla.

No se lo dixo Hardyl con voz tàn baxa que no lo oyese el Duque, y no se resintiese vivamente por ello, tomandolo como dicho para sí; y como no conocia á Hardyl, le pregunta al Lord Som. . . con altanero desabrimiento, ¿quién es ese imprudente y atrevido? El Lord Som. . . que conocia el genio impetuoso y arrogante del Duque, no halló mejor expediente para sosegarlo, que inclinarse hácia Hardyl, poniendole la una mano en el pecho, y la otra á la espalda, diciendo, vuelta la cabeza al Duque: este es amigo mio,



Milord, y tiene autoridad para acordarme un dicho de Caton. El Duque, al ver la demostracion del Lord Som. . . calló. Hardyl, insensible como si no hubiera advertido en el ultraje del Duque, dixo solo al Lord Som. . . que le tenia puesta todavia la mano sobre la espalda: Milord, se os enfria el *boudin*, y os aseguro que es delicado.

Con esto se atajó el discurso sobre la Religion, y pasaron á hablar de otras noticias, entre las quales contó tambien el Duque el casamiento que acababa de hacer el Lord Hams. . . con Nancy Tomson, tachandolo de insensato por haberse casado con una persona de tan inferior condicion. Eusebio, que tuvo parte en aquel casamiento, oyendo que el Duque proseguia en hablar mal del Lord Hams. . . no pudo contenerse de no decir: ¿qué importa todo eso, Milord, si Milady Hams. . . es una persona de belleza y virtud cumplida? El Lord Som. . . temiendo que el Duque se alterase de nuevo, preguntó luego á Eusebio si la conocia. No solo la conozco, le responde, sino que tambien me hallé presente á sus bodas. Cuento al Lord Hams. . . en el número de mis mayores amigos. Lo podeis contar tambien, dixo entonces el Duque, en el número de los mayores insensatos.

Eusebio, al oir esto, viendo quan espinoso y dificil de manejar era el Duque, tomó el partido de callar, dexandole decir algunos embustes sobre aquel casamiento, con que dieron fin á la comida. El Lord Som... se fué en compañia del Duque; y Hardyl y Eusebio se retiraron á su apartamento, donde apenas llegados, le dice Eusebio: temí mucho, Hardyl, que el Duque se propasase con vos. = Se propasó bastante; y aunque estaba resuelto á sufrir sin alteracion todo exceso de su desvanecido aturdimiento, estaba tambien resuelto á hacerlo sin baxeza y sin temor. Estos tales quieren ser mirados como deidades, ante cuya arrogancia deben postrar sus frentes todos los demas, estando ellos acostumbrados desde niños á recibir adoraciones del respeto de los que los rodean, y que participa de abatimiento adulador, el qual, tanto mas los engrie, quanto mas propenso es su genio á la altaneria.

Por lo que visteis y oisteis, habreis conocido quan odiosa y despreciable se hace á todos esta imperiosa soberbia, con que creen deber mirar á los otros como gusanos, que hizo nacer la suerte del polvo de la tierra, para hacerlos comparecer á ellos mayores en su grandeza, y para hollarlos por capricho si



les cruzan el camino. Se persuaden que se adquieren tanta veneracion, quanto con ceño mas erguido miran allá abaxo á los demas, y quanto con mayor dureza los tratan.

A la verdad, ellos lo consiguen exteriormente en cierta manera. El temeroso y forzado respeto se encoje ante su orgulloso acatamiento; pero solo es para incensarlos, como decia Epicuro, con una inmunda ventosidad luego que les vuelvan la espalda, con lo qual vengan su humillacion con mas ultrajante desprecio. Asi yerran y pierden el fin de su ambicion altanera; pues en vez de grangearse la verdadera adoracion y estima, que nace del íntimo concepto y del amor del corazon, obtienen solo el aparente y momentaneo respeto, que es la capa con que se cubre el mas fino menosprecio. (1)

¡Qué efectos tan diversos no produce la blanda y afable humanidad en aquellos mismos hombres, en cuyas frentes parece que grabaron su excelso carácter los honores y la fortuna! con qué dulce fuerza no arrebata nuestros ánimos aquella adorable bondad con

(1) *Recte præcipere videntur, qui monent, ut quanto superiores sumus, tanto nos geramus sumisius.* = Decia Ciceron á su hijo.

que condecora su presencia la moderacion! La mansedumbre misma con que se presentan á los humildes que los veneran, infunde á sus rostros un ayre de divinidad, y de respetable soberania, ante la qual se postra con toda la efusion de la voluntad el mas tierno afecto del ánimo reconocido.

Tememos, es verdad, á Dios quando nos parece que en el exceso de su enojo tiende el tenebroso manto de las nubes, cubriendo la tierra de terrible lobreguez, y levantando su fulminante brazo para vibrar con mayor fuerza el fuego rápido y devorador, ministro de sus iras. Los mortales postran entonces sus ánimos amedrentados en el polvo de la tierra, en que los confunde el terror con los mas viles insectos. ¿Mas quién es el que entonces lo ama? quién es el que siente entonces aquel ímpetu suave, que procede del cariñoso afecto, y del tierno agradecimiento con que quisieramos tributarle el corazon que se transporta de afectuoso júbilo, quando vemos la misma divinidad revestida del luminoso manto de su bondad, rigiendo al carro del sol por la pura y clara atmósfera, alargando su omnipotente mano para derramar sobre el suelo los dones de su beneficencia? Parece que vemos brillar entonces su divino rostro de afabilidad celestial, con que infunde vida á todas las criaturas, arrebatando con la dulzura de su afable magestad, y sin parecer exîgirlo, las mas tiernas y afectuosas adoraciones de los hombres.



Ved un bosquejo de esto en el exterior humano y afable de los señores y poderosos, cuyos amables genios, ó por educacion, ó por naturaleza, ó por máxîmas de sabiduria, se grangean la benevolencia, y el íntimo y sincéro respeto y adoracion de todos aquellos con quienes se humanizan; mereciendose al contrario los altaneros, con sus modos asperos y arrogantes, el desprecio y el odio de los que los respetan en apariencia. Esta arrogancia de trato puede nacer de dos principios igualmente odiosos y despreciables, ó de necedad, ó de genio ruin. Defectos que pueden prevenirse ó moderarse, no quando cobraron fuerzas en los adultos, sino quando la edad tierna dexa arbitrio á las máxîmas de una buena educacion para sufocarlos. De este defecto son generalmente tachados los españoles, mas no sé como ha cundido esta opinion entre las demas naciones, siendo así que entre ellas se ven freqüentemente de estos defectos de joves capitolinos, que causan risa y compasion al mismo tiempo, viendolos